

De libros y de jardines, de plantas y de agua.

TEXTO LUIS AYERBE FOTO ASÍS G. AYERBE

Muchas veces compro libros sin contar con referencias previas de los mismos, elijo una tarde tranquila en la que tengo tiempo para disfrutar, escojo una librería grande y bien surtida, y ya al traspasar sus umbrales siento un cosquilleo especial en el cuerpo, algo parecido a lo que se siente en la butaca de un teatro unos minutos antes de que se levante el telón. ¿Veré hoy algo realmente nuevo? ¿Algo conmovedor, algo que sea un paso adelante para mi corazón y mi cabeza? Era este mi estado de ánimo cuando tomé entre mis manos *Jardinosofía, una historia filosófica de los jardines*, escrito por Santiago Beruete (Turner).

Para introducirnos y motivarnos a su lectura, el autor deja caer un proverbio árabe al principio de la historia: "Un libro es un jardín que se lleva en el bolsillo". El libro de Beruete habla justo de mis dos amores: los libros y las plantas. Ya estoy cazado en la red de la araña, este libro es para mí.

Reconozco que he disfrutado este libro, que muy minuciosamente nos cuenta la historia de los jardines creados por el hombre y nos descubre cómo los jardines fueron reposo y medicina de la humanidad desde su nacimiento. Expongo a continuación algunas sencillas reflexiones propias sobre cómo fueron los orígenes de la agricultura, y por lo tanto de los primeros jardines, que fueron en realidad huertos de plantas útiles al hombre, sobre todo para su alimentación.

Todo empezó en un jardín.

Al menos eso es lo que nos dice la Biblia: todo empezó en el jardín del

Edén, donde mordimos la manzana del árbol de la ciencia del bien y del mal, donde nuestra especie perdió la inocencia al alcanzar la consciencia. Sí, pertenecemos al reino animal y, según nos explican los genetistas, compartimos alrededor del 99 por ciento de nuestros genes con los grandes primates; sin embargo ¡somos tan radicalmente distintos! Para explicar este misterio nos dicen los científicos que lo importante no son los genes que se tienen, sino los que llegan a expresarse. Así empezaron nuestras alegrías y desdichas en la Tierra.

Hemos vivido muchos siglos en el jardín de la plena naturaleza, fuimos cazadores recolectores y por lo tanto nómadas, que cambiaban de paisaje de acuerdo con los recursos que nos ofrecían el suelo y las plantas y los animales de nuestro entorno, y aún mantenemos, aunque de forma residual, esa vida en trashumancia, por la que el ganado pasa el invierno en los valles y sube a las cumbres, a los pastos frescos de montaña, en el estío. Desgraciadamente, la vida urbana cada vez más extendida nos separa para nuestro mal de la naturaleza. Siempre añoraremos el Jardín del Edén.

El primer jardín cultivado

No fue este jardín un lugar especialmente bello, más bien parece que nació en un estercolero donde se arrojaban los residuos de la vida semi-nómada y entre los que germinaron algunas semillas de las plantas previamente recolectadas, tras ser llevados sus residuos al montón de la basura, a veces después de pasar por el tubo digestivo de los hombres o de algunos animales.



Probablemente fueron las mujeres, más alejadas de la caza y de la guerra, y más cercanas a los hijos y la vida doméstica, a la vida más humana, las que pensaron, por primera vez en la historia, que las plantas que con tanto esfuerzo recolectaban se podían sembrar y cultivar. Así empezó la agricultura y la vida sedentaria, sin duda un rudimentario huerto familiar fue el primer jardín cultivado.

Mesopotamia en el origen

En el espacio comprendido entre los ríos Éufrates y Tigris (Mesopotamia quiere decir precisamente eso: "región entre ríos"), es donde nació, hace aproximadamente 10.000 años, la agricultura, que luego se extendió hacia el mediterráneo por lo que ahora es Irak, y parte de Irán, Siria, Israel, Palestina, parte de Jordania, Turquía y Egipto, aprovechando también las aguas de otros ríos como el Jordán y el caudaloso Nilo, formando la región que con esta perspectiva histórica hoy denominamos como el Creciente Fértil.

No se extrañen ustedes, España es un país mediterráneo hijo de esa cultura primitiva y cultivamos, ahora en parte, las mismas especies que cultivaron en el Creciente Fértil nuestros ancestros: lino, trigo y cebada, y las leguminosas: garbanzo, guisante y lentejas, entre otras.

La patata, el maíz y el tomate aún tuvieron que esperar al descubrimiento de América para llegar a nuestros campos. Al principio no existieron los jardines como hoy los concebimos para descanso del cuerpo y fuente de paz para el espíritu, los huertos prioritariamente atendían a una alimentación más segura y más rica y equilibrada.

La crisis actual de falta de agua y el cambio climático

En nuestros días, la utilización masiva de combustibles fósiles ha aumentado la concentración de dióxido de carbono en la atmósfera, y el efecto invernadero que se produce por esta causa está conduciendo a un calentamiento de la superficie de la tierra que pone en peligro la estabilidad de nuestros ecosistemas tal y como ahora los concebimos.

A lo anterior se añade la deforestación imparable de las selvas tropicales, que es otra de las causas graves del deterioro de nuestro medio ambiente. No es ajena a todo lo anterior la crisis del agua, no pasa casi ningún día sin que los medios de comunicación nos recuerden que este líquido precioso es hoy en día un bien muy escaso, y esto complica, y mucho, la vida de todos los seres vivos, cuyos cuerpos, de forma aproximada, podemos decir que están compuestos en un ochenta por ciento de agua. Por un lado, la vida silvestre y, por otro lado, nuestra civilización necesitan más agua de la que podemos disponer. Bastan los comentarios anteriores para saber que estamos hablando de cambio climático y de desertización.

Aridez y desierto

Es un hecho que la aridez invade muchas zonas de nuestro planeta. Se denominan como zonas áridas aquellas que reciben menos de 250 litros de agua de lluvia por metro cuadrado al año y, aunque el concepto de desierto es relativo, se pueden considerar como desiertos absolutos aquellas zonas que reciben menos de 50 litros de lluvia por metro cuadrado y año. ¿Cómo cultivar en ellas plantas para nuestro alimento o placer? Habrá que buscar plantas resistentes a la sequía.

¿Es posible hacer una agricultura y una horticultura así?

En condiciones extremas no se pueden producir alimentos para toda la humanidad, y por eso debemos tratar con todas nuestras fuerzas de conservar nuestros bosques y otros ecosistemas, y de frenar el cambio climático.

También es posible crear cultivos y jardines que utilicen de forma más eficaz el agua disponible y que hasta cierto punto sean resistentes a la sequía. Esta es la labor desarrollada desde hace muchos años en todo el mundo por genetistas y agrónomos. Cuando en particular nos referimos a la jardinería en condiciones de aridez hablamos de xero-jardinería, y esa es precisamente aquella hacia la que se deben dirigir los esfuerzos de los países mediterráneos, entre los que se encuentra España.

En particular, en los jardines mediterráneos se deberán evitar las grandes superficies de césped que consumen enormes cantidades de agua y sustituirlas por plantas propias de nuestro medio, más austeras en el uso del agua, como las adelfas y retamas, los cedros, los madroños, los granados... y también las llamadas plantas crasas o suculentas, como los cactus y algunas euforbias. Estas plantas se caracterizan por acumular, en épocas de abundancia, grandes cantidades de agua en sus tallos de forma globosa, que luego administran con sumo cuidado utilizando distintos mecanismos anatómicos fisiológicos.

A modo de conclusión

La naturaleza y sus bellos paisajes naturales no son nuestros, los tenemos prestados por las generaciones futuras, seamos capaces de luchar por entregar a nuestros hijos un mundo habitable. ●



Jardinosofía
Santiago Beruete
Turner
534 págs. 29 €.